

FIGURAS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

QUE SE REFIEREN Á LA VÍRGEN.

DISCURSO I.

*Ab initio et ante secula creata sum,
et usque ad futurum seculum non desinam.*

Desde el principio y ántes de los siglos, recibí yo el sér, y no dejaré de existir en todos los siglos venideros
(EccL. XXIV, 14.)

La Iglesia, al poner estas palabras en boca de María, quiso manifestarnos, que el dogma de la maternidad de nuestra Señora es el gran pensamiento de Dios y del universo. La bienaventurada Virgen vivía en el consejo de la Sabiduría eterna; su nombre estaba escrito en el pensamiento del Verbo ántes que hubiesen salido los siglos del seno de la eternidad; y desde el día que empezó á correr el tiempo como un río, el destino preparado á María no ha cesado de consolar á la tierra. «Desde el principio y ántes de los siglos, recibí yo el sér, y no dejaré de existir en todos los siglos venideros:» así se expresa la Sabiduría eterna, cuyas palabras aplica la Iglesia á María.

Jesús y María llenan lo pasado, lo presente y lo porvenir: el universo tiene por causa final la gloria de ambos; y los justos de la ley figurativa y los santos de la de gracia no vivieron más que á la sombra de su amor. La Biblia, para quien sabe leer este libro bajado del Cielo, está llena del destino de la Reina de los ángeles, cuyas virtudes se reflejan en cada página de él, y cada palabra sirve de velo, digámoslo así, para encubrir alguno de los misterios cumplidos en el seno de María.

Los doctores y teólogos católicos han descubierto en la Biblia un vasto simbolismo de los privilegios de nuestra Señora; y Dios, para quien los siglos no tienen pasado ni futuro, delineó en el antiguo Testamento todos los rasgos de la vida de su divina Madre. Entremos en esta materia fecunda, y comprendamos que la Virgen Santísima es, juntamente con su divino Hijo, el pensamiento dominante de los Libros santos. Ningun católico se atreverá á negar, que Cristo llena todas las páginas de la antigua ley, y es el punto céntrico, el foco iluminador de los Libros divinos. Esta verdad es un punto revelado, porque el Espíritu Santo nos enseña, que los personajes sagrados de la ley antigua y los sucesos y hechos del antiguo Testamento anunciaban al Hombre Dios.

Los doctores y teólogos de la Iglesia juzgaron que la Biblia encerraba, igualmente, un foco vastísimo de figuras relativas á María. Bajo de la corteza de las divinas Escrituras descubrieron constantemente aquellos ingenios sublimes, los lineamientos figurativos de la vida temporal é inmortal de la Madre del Verbo encarnado. Exploraremos á su ejemplo esta mina inagotable, refrigeremos nuestra fé, nuestra piedad y nuestro amor en esas fuentes misteriosas: comprendamos que la Biblia contiene una multitud de imágenes, cuyo objeto, término y fin es la Madre de Cristo: probemos que la Santísima Virgen es, juntamente con Jesús, el pensamiento universal de las Escrituras; y tratemos de entrever algunos rayos de las obras divinas, cuyas partes todas y majestuoso conjunto se dirigen hácia el dogma de la divina Maternidad de María como á su punto céntrico. Pidamos ántes los auxilios de la gracia por intercesion de la misma Virgen. A. M.

El mundo de la naturaleza fué hecho para el de la gracia. Lo imperfecto tiene su tipo y término en lo perfecto, á lo cual se esfuerza á acercarse sin cesar. El Doctor de las naciones anuncia claramente esta verdad capital cuando dice: «El mundo, la vida, la muerte, las cosas presentes y las futuras... todo es vuestro. Pero vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios.» Así el mundo de la naturaleza se dirige á Jesucristo como á su centro, y llama al de la gracia, no como un principio llama la consecuencia que encerraba oculta, sinó porque queriendo la Sabiduría divina realizar el mundo sobrenatural, trazó, por decirlo así, un bosquejo de él en los elementos del mundo de la naturaleza. Por lo cual, si la Santísima Virgen es la maravilla, la obra maestra, el ornamento y la gloria del mundo de la gracia,

hay un lado de las obras de la creacion que debe ser para nosotros como un espejo del destino de nuestra augusta Reina. Estudiada la Biblia desde este punto de vista, vá á reunir á los piés de nuestra Señora todas las bellezas, flores y maravillas de la creacion.

Segun el libro sagrado de los Cantares, María es «como la aurora en su nacimiento, resplandeciente como el sol, bella como la luna, pura como el firmamento: su corona está tejida con las estrellas que adornan la bóveda de los cielos.» Su alma inmaculada es el paraíso del nuevo Adán y el jardín misterioso que ha producido el árbol de la vida. El manantial de la gracia está en sus entrañas, y de su seno ha salido el agua de la verdadera vida para refrigerar y purificar á todas las criaturas.

La tradicion católica ha visto una sombra misteriosa del destino de la Santísima Virgen en el arca de Noé. El pecado original cubría con sus espumosas olas á las generaciones; pero la Virgen sin mancha no se sumergirá en la inundacion, porque lleva en sus purísimas entrañas al verdadero Noé: allí se ha guarecido la semilla divina de donde debe salir la familia de los escogidos, la descendencia bendita de los Hijos de Dios. María es la paloma celestial que lleva á Jesús, verdadero ramo de la gracia y de la paz: es el arco iris, que brilla en medio de las tempestades y promete á la tierra una alianza eterna.

La zarza ardiendo, desde la cual deja oír Jehová su voz, y que conserva su lozanía y verdor en medio de las llamas, no es más que una imágen de María, siempre santa y siempre abrasada en el amor de su Dios en medio del triste desierto de este mundo.

El Arca del antiguo Testamento ha parecido á todos los doctores de la Iglesia un símbolo manifiesto de las maravillas y gracias ocultas en el seno de María. Esta Virgen celestial es más pura é incorruptible que el oro y el cedro, que sirvieron para construir y hermohear el Arca figurativa. María llevó en sus sagradas entrañas al mediador de Dios y de los hombres, el pan de los ángeles, el maná del cielo, el legislador del mundo, el testamento eterno.

El vellon de Gedeon prefigura á la Virgen inmaculada. Mientras que la llama impura del pecado original abrasa todas las almas, la de nuestra Señora está siempre inundada de los resplandores de la gracia, y siempre refrigerada por el blando rocío de las bendiciones divinas; ó si el alma de todos los hijos de Adán está cargada de los negros vapores del pecado, la de María arde siempre con la llama del Espíritu Santo.

El libro de Job, el de los Salmos, los de Salomon, los Cánticos sa-

grados de las mujeres ilustres de la antigua ley, todos exhalan perfumes de las flores virginales de la futura gloria de María. María es hermosa y pura como la azucena que crece y se levanta entre las espinas (1): es suave como la rosa de Jericó, brillante como el fruto del naranjo y dulce como la granada (2). Sus virtudes esparcen el olor de la mirra, del gálbano, del incienso de Arabia y del cinamomo (3). Ella tiene la majestad y gracia del cedro, y se levanta como el plátano, ó como la palma del desierto (4). Su gloria se eleva sobre la de los ángeles y todos los escogidos, como el Líbano domina las colinas que le rodean. La paloma y la tórtola nos dan una idea imperfecta del candor de su alma y de la ternura de su amor; y el cervatillo y la gacela con su rápida carrera no nos presentan más que una débil imágen de los vuelos de su alma para levantarse á las cumbres más altas de la contemplacion.

Así, amados hermanos míos, todas las maravillas de la creacion nos dicen algo de las misteriosas riquezas cuyo depósito vino á ser el corazón de María: el océano con sus perlas, el cielo con sus estrellas, el firmamento con su luz, los campos con sus flores, la noche y el astro silencioso que la alumbra; el rocío con su aljófara, el blando ruido de las fuentes, el ave que canta en la enramada, el insecto que zumba, la yerba de las praderas y sus variados colores, nos cuentan la gloria de la que ciñe en sus sienes la corona del mundo de la naturaleza, y empuña en sus manos virginales el cetro del mundo de la gracia y de la gloria.

¡Ah! si abriéramos los ojos para contemplar esos suaves y maravillosos conciertos, todos los objetos de la naturaleza, desde la flor de los valles hasta los luminares del cielo, serían para nosotros una imágen de los admirables resplandores con que brilla la frente inmaculada de María. Ella es la divina Eva, la Madre de todos los vivientes: nunca salió del paraíso de la gracia, ni la serpiente infernal la manchó con su mortífera ponzoña. Ella turbó sus pérfidos consejos, subyugó su pujanza y le quebrantó la cabeza. Ella dió á luz el verdadero Abel, el justo, el inocente, vendido y sacrificado por una nacion fratricida.

María es la verdadera Sara, más milagrosamente fecunda que la esposa de Abrahán: es Madre del verdadero Isaac, de ese Hijo único

(1) CANT. II, v. 2.

(2) ECCLES. XXIV, v. 18.

(3) ECCLES. XXIV, v. 20 et 21.

(4) ECCLES. XXIV, v. 17, 18, et 19.

que llevará la leña para su sacrificio al monte santo, é inmolándose á vista de su divina Madre, no preguntará como el hijo del patriarca antiguo: ¿En dónde está la víctima del holocausto (1)?

La hermosa Rebeca, adornada de todos los dones de la naturaleza, es una figura muy imperfecta de la divina belleza del alma virginal de María. Esta es la que debe dar á luz al verdadero Jacob, el heredero de las generaciones santas, el deseado de los collados eternos; el que para salvar á sus hermanos tomará las vestiduras de Esaú, y llevará en su cuello la marca de la servidumbre.

María es la verdadera Raquel, la madre del Justo que será vendido por sus hermanos, conducido á Egipto, condenado al suplicio infamante que se reserva para los facinerosos, elevado despues á la cúspide de las grandezas, y convertido en Salvador y esperanza del mundo por sus humillaciones y su muerte.

María, hermana de Moisés, caminando á la cabeza de las mujeres de Israel, y cantando el cántico de la libertad de su pueblo, y el triunfo de su Dios sobre el ejército de Faraon, nos recuerda á María, gloria de todas las mujeres. Cuando las generaciones santas hayan atravesado el río del tiempo y el mar tormentoso y ensangrentado de este mundo degradado, la Madre divina de Cristo irá delante de los escogidos, y los guiará á las playas de la gloria eterna, cantando el triunfo de su Hijo sobre las legiones dispersas de los ángeles rebeldes, y la descendencia culpable de los hijos de la impiedad.

María es la verdadera Jahel, que con la cruz de su Hijo quebrantó como con un martillo la cabeza de Lucifér. La Iglesia celebrará para siempre como Débora su victoria.

Judith, la mujer más hermosa de todas, y la viuda más casta é irreprochable, es la gloria de su nacion. No hay nada que iguale á la fortaleza de su brazo. Ella sola vá al campo del enemigo más implacable de su pueblo, se encamina en derechura á la tienda de Holofernes, le fascina, le desarma y le corta la cabeza. Una mujer, una sola mujer, pone en derrota á un ejército formidable, y restituye la paz, la alegría, la dicha y la vida á un pueblo, sobre el cual iba á caer el general asirio como un buitre cruel. Judith, redentora y madre de las tribus de Israel, las gobierna en justicia, y su nombre pasa á las edades futuras colmado de las bendiciones de una nacion cuya gloria es. Pregunto yo: ¿no es la historia de Judith un emblema vivo de la vocacion sobrenatural y de las grandezas de la Santísima

(1) GEN. XXII, v. 7.

Virgen? Leed, medidad el admirable libro de Judith, y cada página, cada versículo, cada palabra, os ofrecerán un rasgo del destino de la Madre de Cristo.

Esther resplandece por su pasmoso concierto con la Reina de los Cielos. La que tuvo por protector, tutor y padre adoptivo al pobre y humilde Mardoqueo, arrebató el corazón del monarca más grande. Sale aquélla de su profunda oscuridad, y de en medio de su desterrada descendencia vá á dar la mano de esposa á Asuero, y á ser la reina del imperio más vasto que el sol alumbraba. Su incomparable hermosura se aventaja á la de todas las hijas de los hombres. Ella desbarata las maquinaciones homicidas del cruel y pérfido Amán, y este insolente enemigo del pueblo judío viene á morir en el suplicio que tenía preparado para Mardoqueo. Esther salva á su nacion entera de una ruína al parecer inevitable, hace revocar el edicto fatal que la condena á perecer toda, y oye de la boca misma de Asuero esta expresion de ternura y de amor, que parece una profecía de la inmaculada concepcion de la Virgen: «Esta ley de muerte no se estableció para tí, sinó para todos (1).»

Indudablemente, amados hermanos míos, el gran Dios de la eternidad, Aquel ante quien los siglos futuros son como si ya hubieran pasado, sembró en la Biblia una multitud de tipos figurativos y de simbolos vivos de las glorias de María. Esas figuras tan apacibles, esas semejanzas tan admirables, tan suaves, tan poéticas, tan armoniosas, no son fruto de un ciego entusiasmo, ni una invencion fantástica y arbitraria. Segun san Pablo, toda la Biblia está llena de las grandezas proféticas del mundo de la gracia; pues ¿cómo podía callar acerca de la Reina y Madre de la gracia? Esas armonías de la naturaleza y la historia de que está llena la Biblia, son la clave de este libro inspirado; y es una dicha para el cristiano oír celebrar á las mismas criaturas inanimadas el destino de Aquella, ánte quien se inclina el universo y á quien veneran los ángeles. Partiendo de este dato de sublime teología mística, á saber, que la naturaleza se hizo para la gracia, debemos hallar una multitud de imágenes ordenadas por el Dios criador á un fin sobrenatural y misterioso. Entónces se refleja el mundo espiritual en lo visible, y el mundo presente empuja á abrirnos el de la gracia, que es el pórtico divino del de la gloria.

Jesús y María son las dos obras capitales, los dos ejes del mundo

(1) ESTHER, XV, v. 13.

sobrenatural; luego deben proyectar las sombras de las grandezas sobre los elementos de la creacion, y los ojos de nuestra fé deben buscar con afán, bajo la cubierta de las criaturas, algunos rasgos de la belleza divina con que brilla su frente en lo más alto de los Cielos. Estudiada la naturaleza conforme al plan divino, no es ya un libro cerrado, sino que vuelve á su destino primordial y providencial. Rásgase el velo que la cubre, y el misterio de la Madre de Cristo derrama sobre ella una luz, que nos ayuda á enlazar el mundo del tiempo con el de la eternidad. Así, miéntras que la vista empañada de los hijos de la tierra se detiene en la estéril contemplacion de las formas y superficies de una naturaleza llagada y destruida por el mal; los verdaderos hijos de la luz construyen otra vez por la fé el plan primitivo; y la creacion, reducida á su fin supremo, se convierte en un himno de amor y gratitud cantado en gloria de María.

La historia del pueblo de Dios nos ofrece á su vez sus innumerables figuras de los siglos y de los misterios de la gracia: hace que pasen delante del trono de María, una en pós de otra, las mujeres que ilustraron la nacion israelita; y su vida no es ya á los ojos del cristiano sino un concierto melodioso, que preparaba por espacio de cuatro mil años el reinado de la Mujer divina. Ya, pues, registremos el libro de la naturaleza, ya meditemos el de las antiguas revelaciones, no nos detengamos en la superficie estéril, en la realidad material, por decirlo así, de los sucesos y los hechos. Al meditar sobre las maravillas de la creacion subamos más allá de sus formas transitorias, bajemos hasta las entrañas de las existencias, y por entre las formas perecederas, descubriremos algunos rasgos de las divinas bellezas de nuestra Reina. Al meditar la Biblia, consultemos la historia profética de los designios de Dios sobre la Virgen anunciada en los primeros días del mundo. ¡Oh! ¡cuántos atractivos tiene este estudio para un alma verdaderamente cristiana! ¡Cuán gustoso es buscar debajo de la cubierta material de los hechos bíblicos las santas realidades del mundo de la gracia!

Muchas veces he pensado, amados hermanos míos, que un pintor cristiano á quien la fé hubiese dado la centella del ingenio, y que supiera inspirarse de un casto entusiasmo hácia la Madre purísima del Hijo de Dios, podría escribir en el lienzo una especie de epopeya del arte cristiano con el auxilio de los datos cuyas ideas principales acabamos de bosquejar. María, sentada en un trono y coronada de sus glorias, aparecería en el punto culminante del cuadro con la apacible majestad que conviene á la Madre de Cristo y á la Reina del

mundo. Se la vería protegiendo con sus miradas y bendiciones á las mujeres inmortales de la antigua ley que hemos traído á la memoria, y que no tuvieron otra vocacion en la tierra que preparar los caminos á la Virgen por excelencia. A la cabeza de estas mujeres ilustres se presentaría Eva, la madre del género humano, implorando en humilde plegaria la proteccion de Aquella á quien llamaron los santos doctores la divina Eva, la Madre de la descendencia santa, la Reina de todos los escogidos. Sara, Rebeca y Raquel hallarian en este cuadro el lugar marcado por las virtudes con que se distinguieron. María, la hermana de Moisés, Débora, Jahel, Judith, Esther, Ruth, Noemi, la madre de Samuel, la esposa de Tobías, la casta Susana y santa Ana, madre de la Virgen purísima, formarían una rica guirnalda al pié del trono de la Madre de Dios. El pintor, reuniendo en seguida los siglos del Evangelio con los de la promesa, colocaría al otro lado del cuadro las mujeres sublimes de la ley de gracia, cuyas virtudes y santidad no fueron más que el reflejo de las virtudes de nuestra Señora. Así se distinguirían con los notables lineamientos que las inmortalizaron, las dos hermanas de Lázaro, y las vírgenes que llevan la inmaculada corona de azucenas y la palma de los mártires, y aparecerían santa Elena, santa Clotilde, santa Catalina, santa Teresa y santa Clara, rodeadas de millares de santas que se formaron á la sombra de sus ejemplos é imitaron sus virtudes. Un cuadro dictado por este pensamiento fecundo realizaría la unidad del plan divino. En él descubrirían los ojos del cristiano una síntesis magnífica, cuyo foco iluminador sería María; y si el mismo artista quería completar su obra, pondría al frente de esta epopeya del arte el cuadro del Hombre Dios concebido bajo la inspiracion de la misma idea; al nuevo Adán, reuniendo al pié de su trono los patriarcas y profetas de la antigua ley, desde el padre del género humano hasta el Bautista, y á los santos de la misma ley. En estas dos páginas contemplaríamos un diseño pasmoso del vasto plan de la Sabiduría eterna. El divino Adán y la divina Eva se nos presentarían á la cabeza de los escogidos prometidos y dados á su fecundidad sobrenatural, y cada eslabon de la brillante cadena de los santos despediría un rayo de su gloria.

Por nuestra parte, miéntras llega el día eterno que debe iluminar la luz inconmensurable del Cordero, como dice el Apocalipsis, busquemos la memoria de los designios de Dios sobre nuestra amable Reina en la naturaleza, la Biblia y la historia. Preguntemos á los objetos de la creacion y á las páginas de nuestros Libros santos lo que

pueden manifestarnos de los tesoros de gracia escondidos en el corazón de María. No imitemos á esos indiferentes adoradores de una naturaleza degenerada y moribunda, que gastan su vida en la estéril admiración de las sombras que pasan. Subamos más alto que la naturaleza, ó más bien, con el auxilio de los pálidos rayos que aún refleja, alimentemos la dulce esperanza de contemplar despues de la prueba de esta vida á la Reina del universo en el Cielo de su gloria. Acostumbrémonos á buscar debajo de las cortezas de los Libros santos la sávia divina que cada palabra encierra: escuchemos con nuestras almas la voz del Espíritu Santo, que habla en aquellas páginas inspiradas; y colocándonos en el camino de nuestras primeras esperanzas, no nos olvidemos jamás de aquella Virgen inmaculada, de la Madre divina de Cristo, que vive desde la eternidad en el amor de su Dios, y ánte la cual se mueven el universo y sus mundos, la gracia y sus maravillas, el Cielo y sus escogidos, como el incensario de oro que el sacerdote maneja en el altar durante los santos misterios.

FIGURAS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

QUE SE REFIEREN Á LA VÍRGEN.

DISCURSO II.

Omnia in figura contingebant illis.
 Todas estas cosas que les acontecian eran
 unas figuras.

(1 Cor. X, v. 11.)

La ley antigua llevaba consigo á Jesucristo, dice S. Agustin: *Tota lex gravida erat Christo*. Las instituciones, los sacrificios, las ceremonias, los acontecimientos públicos, los edificios, las ciudades, los grandes hombres del pueblo antiguo, no fueron sinó la sombra del porvenir: *Umbram habens lex futurorum* (1). En la ley de Moisés estaba figurada la ley cristiana: los sacrificios cruentos figuraban el sacrificio de la cruz; el Arca santa y el templo de Jerusalén eran figura de los templos y del tabernáculo del culto católico. Abel representaba al inocente Hijo del hombre, Melquisedec su sacerdocio, Job su paciencia, Isaac su muerte, José los actos más interesantes de su vida; Moisés su ministerio, David su dignidad real, Salomon su sabiduría; de suerte, que la vida del Salvador estaba anticipadamente representada en aquellas figuras y en las cualidades de esos hombres. Pero, si la Escritura nos presenta en todas partes la figura del Hijo, no se olvida por eso de la Madre. Por María y para María, el Verbo se hizo carne, pues que nadie como María contribuyó á la obra de la redención. Con efecto; en las Santas Escrituras encontramos, á la vez que las figuras de Jesucristo, las figuras de María: lo cual, por otra parte, nada tiene de particular, porque los misterios de la Madre se

(1) HEBR. XII, v. 1.